

tiranos, que no tienen derecho á mandar á los demás hombres, por ser todos iguales; que la política es un juego para apoderarse del mando de la nación, de los honores y de los intereses; que no hay más ley que la del más fuerte; que la tierra no es de nadie y que las cosas son de todos y para todos; que los ricos son unos ladrones y unos zánganos que no hacen más que holgar, comer y entregarse al vicio; que siendo los hombres de una misma naturaleza, ellos los tratan como á bestias de carga, sin permitirles descansar ni aun en los días de fiesta; que al paso que ellos viven regaladamente, obligan á los pobres á ganar con el sudor de su frente un pedazo de pan negro y á vestir miserablemente y á no tener ya boardillas ni sótanos en que habitar, por el subido precio de los alquileres y otras muchas cosas que sería largo enumerar. Con esta mezcla de tremendas verdades y falsas consecuencias excitaban á las muchedumbres á la rebelión y á repartirse los bienes de los ricos.

“El herrador de Loja, Pérez del Holmo, el caudillo de los socialistas, decía y repetía con frecuencia: “Antes los hospitales, las Casas de beneficencia, las Comunidades religiosas, los Cabildos, los beneficiados, etc., tenían sus haciendas, sus posesiones y sus rentas, y estos bribones todo se lo han apropiado y hasta han tomado para sí los Propios de los pueblos, y de todo esto no nos han dado nada; justo es que reclamemos la parte que nos toca; el mismo derecho tenemos nosotros que ellos, y como ellos no nos darán nada, estamos en el derecho de tomarlo. Unámonos, pues, todos y levantémonos.” Con estas peroratas y otros medios inicuos, pero fascinadores para el pueblo, y con amenazas é insultos al que no cedía al momento, la revolución fué tomando por allá en poco tiempo grandes proporciones. Á ella siguió el fúnebre cortejo de todos los vicios; abandonáronse los sacramentos de la Penitencia, de la Eucaristía y del Matrimonio; no se iba ya á la santa Misa, ni se observaba el día festivo; hasta el mediodía trabajaban, y la tarde y gran parte de la noche la pasaban en el juego, en el baile, en el teatro, en el café, en el paseo ó en la taberna. Nada de religión, todo era mundano.”

Este sombrío cuadro, trazado por el Siervo de Dios con mano maestra, y que nos hace entrever la espantosa plaga de *La mano negra*, que tan horriblemente ha en estos últimos

años azotado á las poéticas provincias andaluzas, termina con estas palabras, que ponen de relieve su gran corazón y su espíritu de Apóstol. “Al saber yo desde Madrid tan grandes iniquidades, se me partía de pena el corazón y deseaba ir allá á predicar; pero S. M. me decía que esperase, que ya predicaría cuando ella fuese, y así ha sido; mas no es esto bastante; necesario es que vayan allí Misioneros: al efecto, he hablado con los Prelados de aquellas tierras; el Sr. Nuncio de Su Santidad y la Reina han escrito cartas á este fin, y espero que irán algunos; pero no serán bastantes, porque hay pocos operarios. ¡Oh Padre celestial, enviad Misioneros!”

En parte se han visto ya cumplidos sus deseos, pues sus hijos los Misioneros del Inmaculado Corazón de María tienen allí establecidas Casas de Misiones en Córdoba y Jaén; pero no fué poco lo que él mismo hizo cuando en 1862 evangelizó aquellos pueblos acompañando á los Reyes, por más que, como lo indican sus palabras, no se satisficieran con ello, ni con mucho, las levantadas aspiraciones de su apostólico celo. Veamos ahora algunos pormenores de aquel célebre viaje, que tuvo más de un notable historiador por lo tocante á los Reyes, y del que se publicaron varias cartas en la *Revista Católica* de Barcelona y se dió cuenta en otros periódicos por lo que concierne á las predicaciones del P. Claret.

Salvas de artillería anunciaron á Madrid el 12 de Septiembre por la mañana que SS. MM. salían en dirección de las capitales del Sur de la Península. El P. Claret subió con la servidumbre de Palacio al tren real, el cual apenas se detuvo hasta llegar á Santa Cruz, en donde pernoctaron la primera noche. Al día siguiente, muy temprano, aprovechó el Siervo de Dios el poco tiempo de que podía disponer para predicar al pueblo, pues á las siete de la mañana del día siguiente partió de nuevo el tren real con dirección á Andalucía. Por el camino pudo contemplar los dos campos de batalla más gloriosos en nuestra historia nacional: las Navas de Tolosa y los campos de Bailén, que, como enlazados además tan estrechamente á los triunfos de la Religión católica en nuestro suelo contra el orgullo de la morisma y de la revolución francesa, conmovieron hondamente al Siervo de Dios, que era muy amante de nuestras glorias patrias, y más de las que cedían en beneficio de la fe. En Andújar, adonde arribaron á las cinco y media de

la tarde, acompañó á los Reyes á la iglesia de Santa María, en donde se cantó solemnisimo *Tedeum* y *Salve*, y luego á la Casa de beneficencia y al convento de Jesús María. Al día siguiente por la mañana, mientras SS. MM. recibían á la comisión de niñas que en nombre de la ciudad entregaban ricos trajes andaluces para el Príncipe de Asturias y la Infanta Isabel, el P. Claret predicó en la iglesia parroquial. El 14 por la tarde estaba ya en Córdoba, la famosa ciudad de los recuerdos árabes. En menos de cuatro días que estuvo allí detenida la corte, predicó veintiséis veces, por este orden: el día 15 por la mañana hubo de acompañar á SS. MM. á oír Misa en la Catedral, y por la tarde predicó á las Hermanas de la Casa de Maternidad, á las niñas acogidas en aquel asilo, en el convento de Franciscas de Santa Clara, en el de Carmelitas descalzas de Santa Ana, en el de Dominicas reformadas del *Corpus* y en el de Jerónimas de Santa Marta. El día 16 por la mañana hizo oír su autorizada voz en el convento de Concepcionistas de Santa Cruz, en el de Dominicas de Santa María de Gracia, en el de Franciscas de Santa Isabel de los Ángeles, en el Hospital de Jesús Nazareno, á las Hermanas del Hospital de Dolores, á las enfermas del mismo establecimiento, á las Hermanas de Caridad del Hospicio en su capilla y á los niños y niñas en la iglesia. Total, ocho sermones predicados en una sola mañana; y lo que más admira es que además de lo reanimado que quedaba el fervor en las Comunidades religiosas y en las Corporaciones á quienes predicaba, ni sus fuerzas disminuían, ni en el tono de la voz se le echaba de ver cansancio, ni la tos ni otro achaque alguno le molestaba ni interrumpía sus palabras. Aquel mismo día por la tarde predicó al clero en la iglesia de la Compañía, y por la noche al pueblo en la del Seminario.

El día 17 celebró Misa en el Hospital general, y en seguida satisfizo la devoción de las Hermanas con una fervorosa plática; después causó la misma agradable sorpresa á las Dominicas de Jesús Crucificado y á las Bernardas de la Concepción, y hubiera predicado más á no habérselo impedido el tener que ir á Palacio. Por la tarde tuvieron el consuelo de oírle los conventos de Benedictinas del Cister, de Dueñas y de Capuchinas, y por la noche las Conferencias de San Vicente de Paúl en la iglesia de San Pedro de Alcántara. El día 18

hizo tres pláticas en tres salas distintas del Hospital general, y á mediodía salió con SS. MM. para Sevilla.

El Ilmo. Sr. Obispo de Córdoba, en carta escrita á nuestro Rmo. P. General, hablando de la vida del P. Claret en los pocos días que permaneció en aquella ciudad, hace de ella el siguiente bosquejo: "Su mortificación y abstinencia eran admirables, pareciendo imposible que pudiera vivir con el corto alimento que tomaba, escogido siempre de lo más grosero y desabrido y prefiriendo lo que le sobraba de una comida para otra. Después de haber visitado durante el día hospicios, casas religiosas y hospitales, predicando y socorriendo á todos en sus necesidades con caridad inagotable, ocupaba la noche en oración y en preparar nuevos trabajos para el bien de las almas, consagrando muy poco tiempo al descanso... Entre los muchos bienes que hizo en esta ciudad durante su corta permanencia, puede citarse el establecimiento de la Academia de San Miguel, fundada por él mismo poco antes con el objeto de recoger los malos libros y fomentar la propagación de los buenos, de cuyas resultas se recogieron muchos malos y se repartieron muchos buenos. En suma, el Excmo. Sr. Claret dejó aquí indelebles recuerdos de una virtud heroica y de ese olor de santidad que los verdaderos Siervos de Dios dejan siempre en pos de sí."

Antes de llegar á Sevilla se detuvo la locomotora cerca de Lora del Río, en medio del puente tubular que cruza el Guadalquivir. El Siervo de Dios, con asistencia del Sr. Obispo auxiliar de Sevilla, bendijo aquella obra, la más importante de toda la vía férrea, y, por indicación de los sevillanos, le puso el nombre de *Puente del Príncipe Alfonso*, con que desde aquel día es conocido. No podría dar más cabal noticia de los trabajos apostólicos del Siervo de Dios en la ciudad, albergue de las musas españolas, que las que daba su capellán al Rmo. P. José Xifré, Superior General de nuestro Instituto, en carta fechada en Cádiz el 27 de Septiembre de 1862. Dice así: "Si mal no recuerdo, decía á Ud. en mi anterior que llegamos á Sevilla el día 18, siendo hospedado en casa del Ilmo. Sr. Obispo auxiliar. Durante los siete días de permanencia en dicha ciudad han sido 43 los sermones que el señor Arzobispo ha predicado al clero, al pueblo, á las religiosas y en los establecimientos de caridad. El 19 tuvo que ir por la

mañana á cumplimentar á SS. MM.; por la tarde los acompañó en las visitas que hicieron al convento de Santa Inés, al Hospital general y al de Caridad. Por la noche fué preciso asistir al convite de los Reyes, pero no comió S. E. I. otra cosa que un poco de ensalada. Lección de abstinencia que todos admiran y que obra un maravilloso efecto, porque puede decirse con toda verdad que la mesa de Palacio, aun en los días de gran convite, y sobre todo si asiste el Sr. Claret, es un modelo de templanza en medio de la variedad y abundancia de manjares que se sirven. El día 20 comenzó S. E. I. sus predicaciones en Sevilla, dirigiendo la palabra á las Religiosas de la Encarnación, á las Agustinas y Carmelitas de la reforma de Santa Teresa, y por la tarde á las Franciscanas de Santa Inés, Jerónimas de Santa Paula, Franciscas del Socorro, Franciscas de la Palma y Hermanas del Hospicio. Además asistió por la mañana á la Misa pontifical, que celebró el Sr. Obispo auxiliar en presencia de SS. MM., y por la tarde tuvo también una hora de conferencia con los Padres Jesuítas, y visitó á los Padres de San Felipe Neri.

„El día 21 celebró de pontifical en la iglesia de San Telmo, con asistencia de los Reyes, y por la tarde predicó en los conventos de las Dueñas, que son Bernardas; en el de Agustinas del Espíritu Santo, que tiene un colegio de niñas muy bien montado, y en el de Agustinas, también de San Leandro. Por la noche comenzó en la iglesia de San Pedro un triduo, del que muchos muy bien se aprovecharon, gracias al Señor. Cuando predica al clero el Sr. Claret toma una entonación tan particular y habla con una unción tan divina que encanta, conmueve y arrebató el corazón. El día 22 le tocó su vez en los conventos de Bernardas, Benitas de San Clemente, Franciscas de Santa Clara y del Hospital del Pozo Santo; dos pláticas á las enfermas, además á las religiosas Mínimas, á las Capuchinas y á las señoras de la Corporación de San Vicente de Paúl; dos más en el asilo, una en el convento de Nuestra Señora de los Reyes y otra en el beaterio de la Santísima Trinidad, Hermanas dedicadas á la enseñanza. Por la noche concluyó el triduo á los sacerdotes.

„El día 24 hizo ocho pláticas... La mañana del 25 la ocupó en recibir á algunas personas que deseaban verle y consultarle y en pagar algunas visitas de imprescindible necesidad. Por

la tarde predicó al pueblo en la iglesia de San Pablo, una de las mayores de Sevilla. Hubo gran concurrencia y habló en su sermón del amor de Dios, y no dudo que muchos quedaron encendidos en las llamas del fuego sagrado que despedían las palabras del predicador, caldeadas en la fragua de su amante pecho. Concluido el sermón al pueblo, que fué casi de hora y media y predicado con tono de voz muy subido por causa de la capacidad del templo y mucho auditorio, sin más descanso que el tránsito de una iglesia á otra, predicó otros tres cuartos de hora en el Angel á los señores de las Conferencias de San Vicente de Paúl. Y después de toda esta tarea, suficiente, y más que suficiente, para rendir las fuerzas de un gigante, me dijo estas palabras: „Conozco que Dios quiere que predique, pues „me hallo tan tranquilo, tan descansado y con tantas fuerzas „como si nada hubiera hecho. El Señor lo hace todo. Bendito „sea para siempre.„ Es cosa también muy digna de notarse que todas estas predicaciones no le quitan ni la más pequeña parte del tiempo que tiene destinado para la oración, lectura espiritual y demás ejercicios que diariamente practica; que su comida es muy parca y el sueño casi nada. Yo no acabo de admirar este portentoso de la gracia (1).„

De Sevilla pasó con los Reyes á Cádiz, adonde llegó el 26 á las cinco de la tarde. Lo primero que hizo, según su costumbre, fué visitar al Señor en la Catedral, y por la noche á sus Majestades. El 27 por la mañana quiso el Sr. Obispo Arbolí, en cuyo Palacio se hospedó, que le acompañase á visitar el Hospital de mujeres, servido por las Hermanas Terciarias del Carmen que fueron á África, y es uno de los establecimientos más notables de la ciudad. Por la noche predicó en el convento de Agustinas de la Candelaria y en el de Franciscas Concepcionistas. El Sr. Obispo de Cádiz, que desde que conoció al Sr. Claret cuando fué á Cuba quedó prendado de él, pidió á éste que disimulase la estrechez del alojamiento que le había preparado, á lo cual respondió inmediatamente el Sr. Arzobispo: „Hermano, cuando me hospedan en mis viajes acompañando á S. M., comparo la habitación que me destinan con la que tuvo Jesucristo en la cueva de Belén, y si no se le parece, me lleno de confusión: conquente entiéndalo Ud., Hermano mío.„

(1) Carta de D. Carmelo Sala al Rmo. P. José Xifré, 27 de Septiembre 1862.

El día 28 por la mañana estuvo con SS. MM. en la Catedral asistiendo á la Misa pontifical que celebró el Prelado propio, y en la cual él predicó al pueblo. Por la tarde anunció la divina palabra en la iglesia de San Leandro, y por la noche tuvo que ir á Palacio. El 29 predicó en un convento y luego tuvo que acceder á los ruegos de S. M. la Reina, que quiso la acompañase en la visita que hizo á algunos establecimientos de beneficencia.

Deseoso el Sr. Arbolí de que su clero oyese la autorizada voz del Siervo de Dios, suplicó á éste tuviese á bien dirigirle la palabra, y accediendo á la súplica de tan celoso Prelado, el Sr. Arzobispo predicó un triduo al clero de Cádiz en los días 30 de Septiembre y 1.º y 2 de Octubre. El mismo día 30 predicó también á las Hermanas de Caridad de la Cuna, á las Terciarias del Carmen y á los seminaristas. Al sermón que dirigió á estos últimos asistieron el Sr. Nuncio, el señor Obispo Arbolí, el Obispo auxiliar de Sevilla y otras muchas personas respetables, á todos los cuales produjo profunda impresión aquella frase que pronunció con infalible acento de seguridad: "Conozco,—dijo,—por el semblante á los que están marcados con la imagen de la bestia, es decir, manchados con la obscenidad, y podría dar señas de ellos si la prudencia y la caridad lo permitiesen (1).", El 1.º de Octubre quiso ir á ver á los Padres jesuitas del Puerto de Santa María, y á instancias de aquella respetable Comunidad les dirigió una fervorosa plática. Como en Santa María hay tres conventos de religiosos, fué menester, por complacerlos á todos, predicar en cada uno de ellos, y á última hora, antes de tomar el ferrocarril para volver á Cádiz, á las Conferencias de San Vicente de Paúl y demás gente del pueblo, que acudió á la iglesia de los Padres. El día 2 predicó siete veces en varios establecimientos de Caridad y á las Concepcionistas, que son unas señoras de lo más principal de Cádiz, las cuales forman una Asociación piadosa dedicando algunos ratos libres á la enseñanza y educación moral y religiosa de las niñas pobres. Veintiuno por lo menos fueron los sermones que predicó en Cádiz durante los cinco ó seis días que permaneció en ella, y, no obstante, no se resintió su salud y su voz conservó tanta firmeza y sono-

(1) Relación del muy ilustre Chantre de Cádiz.

ridad el último día como el primero. Y no se llevaba el viento sus palabras, pues hacia grande fruto, y muchos afiliados á las sociedades secretas, ya en ésta, ya en las demás ciudades en donde predicó á su paso, por no haberse podido confesar con él le escribieron después á Madrid cartas afectuosísimas, manifestándole que á su predicación debían el haberse convertido al Señor y apartándose de las logias masónicas. Pero los brillantes resultados de su celo apostólico fueron todavía más claros en las Comunidades religiosas. "Por desgracia,—escribía D. Carmelo,—apenas se encuentra una que otra que guarde la vida común; pero confío que con esta visita del Sr. Claret han de quedar muy pocas que no entren en la senda de la perfección que les es propia (1).", Así fué, en efecto, y aun hoy día varios de aquellos conventos cuentan como fecha de su entrada en la vida común y regular la predicación del P. Claret en aquel célebre viaje.

En esta ciudad de Cádiz ocurrieron con el Siervo de Dios algunas anécdotas que merecen referirse. Estimábase un día el Excmo. Sr. Arbolí á declarar que el recibimiento hecho á la Reina en Cádiz había sido más suntuoso y brillante que el de Sevilla, á lo cual respondió el Siervo de Dios con exquisita prudencia: "Hermano, nada digo yo á esto, porque bueno ha estado el uno y el otro.", Sabía muy bien que las comparaciones son siempre odiosas, y más cuando hieren el amor propio de los pueblos, y por esto dió esa salida tan ingeniosa que edificó no poco al Sr. Obispo de Cádiz. Por dos veces le interpelaron los familiares del Sr. Arbolí sobre que no dormía, pues los criados hallaban siempre su cama intacta, y él guardó silencio absoluto. Otra vez le dijeron que era inmortal porque no comía ni dormía, á lo cual respondió en seguida con agudeza: "Sí, es verdad en cuanto al alma.", Replicáronle que también en cuanto al cuerpo, porque no lograron asesinarle cuando tan atrocemente le hirieron en Cuba, y respondió: "Hierba mala nunca muere.",

Predicando un día en San Felipe pidió las oraciones del clero concurrente, prometiéndoles las suyas todos los días, particularmente *cuando estuviere en el cielo* más desocupado de otras atenciones, lo cual dijo sin salvedad, condición ni

(1) Carta al Rmo. P. José Xifré, 5 de Octubre de 1862.